



Menosprecio de Corte y alabanza de aldea

Antonio de Guevara

Menosprecio de corte y alabanza de aldea

Antonio de Guevara

- Valladolid 1539 -

Prólogo

Comienza el Prólogo del Autor, dirigido al Serenísimo Rey de Portugal, en el cual pone muchas buenas doctrinas y toca muy notables historias.

Propone el Autor

Plutarco, en el libro *De curiositate vitanda*, dice que en Atenas topó un griego con un egipcio, que llevaba so la capa cierta cosa sobarcada, y, como le preguntase qué llevaba, respondióle él: «Et ideo obvelatum est, ut tu nescias.» Como si dijera: «Por eso va ello cubierto con el manto, porque tú ni otro sepáis lo que va aquí escondido.» Solón Solonino mandó en sus leyes a los atenienses que todos tuviesen aldabas a las puertas de sus casas, y que, si alguno entraba en casa ajena sin tocar primero a la aldaba, le diesen la misma pena que daban al que robaba la casa. Entre los cretenses fue ley muy usada y guardada que, si algún peregrino viniese de tierras extrañas a sus tierras propias, no fuese nadie osado de preguntarle quién era, de dónde era, qué quería, ni de dónde venía, so pena que azotasen al que lo preguntase y desterrasen al que lo dijese. El fin porque los antiguos hicieron estas leyes fue para quitar a los hombres el vicio de la curiosidad, es a saber: el querer saber las vidas ajenas y no hacer caso de las suyas propias, como sea verdad que ninguno tenga su vida tan corregida, que no haya en ella qué enmendar y aun qué castigar. Lo más en que ocupan los hombres el tiempo es en preguntar y pesquisar qué hacen sus vecinos, en qué entienden, de qué viven, con quién tratan, a dó van, a dó entran, y aun en qué piensan; porque, no contentos de lo preguntar, lo presumen de adivinar. Veréis a unos hombres tan determinados o, por mejor decir, tan desalmados,

que juran y perjuran que Fulano tiene pendencias con Fulana, y que éste quiere mal a aquél, y aquél tiene hecha confederación con el otro; y, si le conjuran a que diga cómo lo sabe, responde que él saber no lo sabe, mas que de muy cierto lo presume, porque el cielo se puede caer, y que su corazón a él no le puede engañar.

Loan y nunca acaban de loar Plutarco, Aulo Gelio y Plinio al buen romano Marco Porcio de que jamás hombre le oyó preguntar qué nuevas había en Roma, ni de cómo vivía cada uno en su casa, sino que solamente hablaba en lo que tocaba al bien de la república y respondía a lo que alguno le decía. El divino Platón, escribiendo a Dionisio Siracusano, dice así: «Homo curiosus hostibus utilior est quam sibi, siquidem illorum mala coarguit, commostrans illis quid sit cavendum quidve corrigendum.» Como si dijese: «El hombre que es curioso de saber vidas ajenas más amigo es de su enemigo que no lo es de sí mismo; porque en el enemigo luego pone la lengua en lo que no hace bien y de sí mismo nunca se conoce de lo que hace mal.»

Homero, Eunio, Xantipo y Ovidio, famosos poetas que fueron, dicen que a ningunos vieron tanto atormentar en el otro mundo como a los malditos de Ticio, Tántalo, Xioun, Sísifo y Panteo, no porque fueron más viciosos, sino porque presumieron de más curiosos, es a saber: que revolvían las repúblicas y entendían en vidas ajenas. Sócrates, el filósofo, en entrando en su academia y en subiéndose a la cátedra, la primera palabra que decía era ésta: «Quid de magistro?» A esto respondían luego sus discípulos: «Quid de discipulis?» Por estas palabras preguntaba Sócrates a sus discípulos qué les habían dicho de él aquel día, y ellos preguntábanle a él que qué le habían dicho de ellos; por manera que allí se decían los defectos que habían hecho y de lo que en la república los

habían notado. En menos yerros caeríamos y menos excesos cometeríamos si quisiésemos hacer lo que Sócrates hacía, y humillarnos a preguntar lo que él preguntaba, porque ya que los hombres no miran lo que hacen, deberían de pesquisar lo que de ellos los otros dicen. Por absoluto que fuese un caballero, y por disoluto que fuese un plebeyo, si quisiese tener corazón para dejarse avisar y tuviese paciencia para consentirse corregir, es imposible que no enmendase de vergüenza lo que no deja de cometer por conciencia.

Archidano, rey muy famoso que fue de los esparciatas, preguntó al filósofo Pindárido que cuál era la cosa más difícil que el hombre podía hacer; a la cual pregunta respondió él: «No hay cosa para el hombre más fácil que el reprender a otros, y no hay cosa para él más difícil que dejarse reprender.» Cuán gran verdad haya dicho este filósofo no hay necesidad que mi pluma lo encarezca, pues cada uno lo alcanza; porque para reprender a otros son infinitos los que tienen habilidad y para ser reprendidos no hay quien tenga humildad. Epenetho, notable filósofo que fue entre los tebanos, no puede ser contado ni aun condenado con los curiosos y maliciosos, el cual, como hubiese filosofado en las academias de Tebas por espacio de treinta años y le riñesen muchos porque no reñía los vicios que veía cometer, respondió: «De que no haya en mí que reprender, comenzaré a reprender.» Respuesta fue ésta digna por cierto de notar, y no menos de imitar, porque si cada uno quisiese llevar a juicio y poner en examen su vida, por ventura daría por libre al que él acusa y condenaría a él en lo que al otro acusaba.

Cuando Platón se partía de Tinacria para tornar a Grecia, díjole el tirano Dionisio: «¡Oh, qué de males dirás de mí, oh, Platón, y de mi tiranía, de que te halles entre los filósofos de Grecia!» A lo cual respondió Platón: «No hayas miedo de eso, Dionisio, ni que yo lo diga, ni aun que los otros lo escuchen,

porque están tan corregidas y ocupadas las academias de Grecia, que no les queda tiempo para decir ni sola una palabra ociosa.» Y dijo más Platón: «Sabe, si no lo sabes, ¡oh, Dionisio!, que toda la suma de nuestra filosofía es persuadir y aconsejar a los hombres a que cada uno sea juez de su vida propia y no cure de escudriñar la vida ajena.» Filípides, el poeta, primero inventor que fue de las comedias, como fuese muy gran amigo y privado del rey Lisímaco, díjole un día el Rey: «Quid e meis rebus tibi impertiam? Inquit Philípides. Nil, ¡o, rex!, ex tuis archanis.» Como si dijese: «¿Qué quieres que te dé, oh, amigo mío Filípides?» A lo cual él respondió: «La mayor merced que me puedes hacer, ¡oh, rey!, es que no me des parte de tus secretos.» ¡Oh, alta y muy alta respuesta, la cual será de muchos leída y de muy pocos entendida, porque si éste filósofo no quería saber lo que el rey sabía, mucho menos quisiera saber lo que su vecino hacía!

Dado caso que hablar en vidas ajenas y querer saber lo que se hace en otras casas sea muy gran curiosidad y aun ramo de liviandad, mucho más lo es en querer saber qué es lo que los reyes hacen, porque todo lo que los príncipes hacen hémoslo de aprobar y todo lo que nos mandan obedecer.

Aplica el Autor.

Aplicando lo dicho a lo que queremos decir, digo, Serenísimo Príncipe, que a nadie con tanta verdad se puede aplicar, y a ninguno mejor que a mí pueden con ello condenar; porque, no contento de reprender a los cortesanos cuando predico, me precio de ser también satírico y áspero en los libros que compongo. ¡Ojalá supiese yo tan bien enmendar lo que hago como sé decir lo que los otros han de hacer! ¡Ay de mí, ay de mí!, que soy como las ovejas, que se despojan para que otros lo vistan; como las abejas, que crían los panales que otros

coman; como las campanas, que llaman a misa y ellas nunca allá entran. Quiero por lo dicho decir que con mi predicar y con mi escribir enseñe a muchos el camino y quedome yo descaminado. Sepa Vuestra Serenidad, muy alto Príncipe, que en todas las más cosas que en este vuestro libro escribo y reprendo me confieso haber caído, haber tropezado y aun me haber derrostrado; porque, si entre los cortesanos soy el menor, entre los pecadores soy el mayor. También confieso que de algunas vanidades y de algunas liviandades [no] estoy apartado, y que de algunas presunciones y de algunas elevaciones no estoy enmendado, aunque es verdad que de las unas y de las otras estoy muy arrepiso; porque me parece que es muy poco lo que he vivido y es muy mucho en lo que he pecado. No está lejos de enmendar la culpa el que tiene conocimiento de haber caído en ella; lo cual no es así en el malo y protervo, porque jamás se aparta de errar el que no reconoce haber errado. Y porque no se puede entender bien esta obra si no se tiene noticia del autor de ella, pondráse en una sola palabra todo el discurso de su vida, para que conozcan los que leyeren esta escritura en cómo toda la harina le llevó el mundo y que apenas aun da los salvados a Cristo.

A mí, Serenísimo Príncipe, me trajo don Beltrán de Guevara, mi padre, de doce años a la corte de los Reyes Católicos, vuestros abuelos y mis señores, a do me crié, crecí y viví algunos tiempos, más acompañado de vicios que no de cuidados, porque en edad tan tierna como era la mía, ni sabía desechar placer ni sentía qué cosa era pesar. Como los mozos cortesanos aún no tienen en el cuerpo dolores, ni cargan sobre sus corazones cuidados, ni sienten lo que hacen, ni saben lo que quieren, sino que como unos hombres amodorriados se andan en los vicios embobecidos. Ya que el Príncipe don Juan murió y la Reina doña Isabel falleció, plugo a Nuestro Señor sacarme de los vicios del mundo y ponerme religioso

franciscano, a do perseveré muchos años en compañía de varones observantísimos; y ojalá fuera tal mi vida cual ellos me dieron la crianza. Estándome, pues, yo en mi monasterio, asaz descuidado de tornar más al mundo, sacóme de allí para su predicador y cronista el Emperador don Carlos, mi señor y amo, en la corte del cual he andado dieciocho años sirviéndole de lo que él quería, aunque no como yo debía. En estos tiempos pasados vi la corte del Emperador Maximiliano, la del Papa, la del Rey de Francia, la del Rey de Romanos, la del Rey de Inglaterra; y vi las Señorías de Venecia, de Génova y de Florencia; y vi los estados y casas de los príncipes y potentados de Italia; en todas las cuales cortes vi grandes cosas que notar y otras dignas de contar.

He dado esta cuenta a Vuestra Alteza, muy alto Príncipe, para que sepáis que todo lo que dijere en este vuestro libro este vuestro siervo no lo ha soñado ni aun preguntado, sino que lo vio con sus ojos, paseó con sus pies, tocó con sus manos y aun lloro en su corazón, por manera que le han de creer como a hombre que vio lo que escribe y experimentó lo que dice. Siendo, pues, yo criado en casas de príncipes, y comiendo pan de príncipes, y andando en cortes de príncipes, y llevando gajes de príncipes, y siendo cronista de príncipes; no sería justo que mis sudores y vigiliass se dedicasen sino a príncipes, a cuya causa he querido ofrecer e intitular esta mi obra a Vuestra Real Alteza como a príncipe muy valeroso y a rey muy poderoso.

Después acá que saqué a luz el mi muy famoso *Libro de Marco Aurelio*, he compuesto y traducido otros libros y tratados; mas yo afirmo y confieso que en ninguno he fatigado tanto mi juicio, ni me he aprovechado tanto de mi memoria, ni he adelgazado tanto mi pluma, ni he pulido tanto mi lengua, ni aun he usado tanto de elegancia como ha sido en esta obra de Vuestra Alteza; porque a los grandes príncipes hémoslos de

hablar con humildad y escribir con gravedad. En ser para quien era esta obra, he tenido mucha advertencia en que saliese de mis manos mirada y remirada, pulida y limada, corregida y verdadera, sabrosa y provechosa, urbana y no pesada; de manera que no hubiese ella que remendar y mucho menos que cercenar. A cualquiera que se diga una cosa baja y simple es bovedad, mas escribirla o decirla al príncipe es bovedad y temeridad y aun necesidad, porque a los príncipes hanles de hablar con temor y servir con amor.

El Magno Alexandro ni alcanzó ni conoció al poeta Homero, mas junto con esto fue tan amigo de sus escritos, que siempre traía en el seno *La Iliada*, y de noche la ponía so el almohada. Pirro, rey de los epirotas, doscientos y veinte años nació después que murió el filósofo Esquines, y tuvo en tanta veneración Pirro a la doctrina de Esquines, que con el oro que tenía encuadernadas sus obras se pudieran casar muchas huérfanas. Desde que murió el famoso Tito Livio hasta que nació el buen Marco Aurelio pasaron más de ciento y veinte años, al cabo de los cuales mandó el buen Emperador que para guardar las obras de este Tito Livio se hiciese un arca de oro, y para entretener sus huesos le hiciesen un sepulcro de pórfido. Hermógenes, el filósofo, y el gran rey Demetrio jamás se vieron ni se conocieron, porque el uno estaba en Asiria y el otro en la Grecia; mas junto con esto Hermógenes ofreció muchos libros al Rey Demetrio, y Demetrio hizo muchas mercedes al filósofo Hermógenes, de manera que los hizo tan grandes amigos la pluma como a otros hace la patria.

Todo esto he dicho, muy alto Príncipe, para que no haga a Vuestra Alteza tener en poco esta obra el haberme yo criado en Castilla y no tener noticia de mi persona, porque, si no soy vuestro vasallo, préciome de ser vuestro siervo. Si Vuestra Celsitud tiene en tanto mi doctrina como yo tengo a su Real

Persona, soy cierto que él será para mí otro Demetrio y yo seré para él otro Hermógenes. Acordándome que sois nieto de quien yo fui criado, y que sois primo de quien yo soy vasallo, gran obligación es la mía de servirle, y muy mayor merced de él quererse de mí servir; porque los príncipes muy mayor merced nos hacen cuando muestran lo que nos quieren que no cuando nos dan de lo que tienen.

Concluye el Autor

Si Vuestra Alteza quiere leer en esta mi obra, hallará en ella algunas cosas, ninguna de las cuales le osaría nadie decir en secreto y menos en público; porque el trabajo que se pasa con los príncipes es que en sus casas y repúblicas tienen toda licencia de lisonjearlos y muy poquitos de avisarlos. Si los príncipes os quisieseis un poco humanar (es a saber: que trataseis con hombres sabios y leyeseis en algunos buenos libros), por ventura ahorraríais de muchos trabajos y aun no caeríais en tantos yerros; mas, como es vuestra voluntad tan libre y vuestra libertad tan grande, no venís a saber el daño hasta que ya no lleva remedio. Tenéis, Señor, fama de buen cristiano, de príncipe justiciero, de rey virtuoso, de señor cuerdo y de hombre piadoso; y si junto con esto os allegáis a consejo y os dejáis al parecer ajeno, asentaros hemos los cronistas entre los monarcas del mundo; porque a su príncipe y señor muy mayor servicio le hace el que le da un buen consejo que no el que le presenta un notable servicio. No loo al caballero que pierde la vergüenza, ni loo al que escribe si suelta la pluma, ni loo al que predica si suelta la lengua (es a saber: en decir desacatos a los príncipes y contra los príncipes), porque a los reyes y grandes señores permítese avisarlos, mas no se sufre reprenderlos. Cuando el rey David cometió el adulterio con Betsabé y el homicidio con Urías, no le reprendió el profeta Natán en público, ni le afrentó delante todo el pueblo;

antes le dijo aparte tan dulces palabras y le convenció con tan buenas razones, que luego allí el rey conoció la culpa y comenzó a hacer penitencia. Es tan suprema la autoridad del príncipe, que absolutamente nos puede exhortar, avisar, reprender y castigar, y nosotros a él no más de le avisar y aconsejar; porque a los buenos príncipes por ninguna cosa se les ha de perder la vergüenza ni alzar la obediencia. De Catón Censorino, y del emperador Augusto, y del gran Trajano, y del buen Marco Aurelio dicen todos sus escritos que por eso fueron príncipes tan ilustres en sus hazañas y tan bienquistos en sus repúblicas, porque tenían siempre cabe sí no sólo quien los aconsejaba lo que hacían, mas aun quien los avisaba de lo que erraban. Lo contrario de todo esto se lee de los malvados tiranos (de Brías el griego, de Antenon el tebano, de Fálaris el agrigentino y de Dionisio el siracusano), los cuales jamás quisieron ser de sus oficiales avisados ni de sus amigos aconsejados. No basta tampoco que tengáis los príncipes en vuestras cortes hombres cuerdos y en vuestras casas hombres sabios, si no queréis aprovecharos de sus buenos consejos; porque seríais como la candela, que alumbraba a los otros y quema a sí misma. La Escritura Sacra gravemente reprende a Saúl porque no creyó a Samuel, al rey Acad porque no creyó a Miqueas, al rey Sedequías porque no creyó a Isaías, al rey Salmanasar porque no creyó a Tobías, y a la reina Jezabel porque no creyó a Elías. Todos estos santos profetas andaban en las cortes de los príncipes y predicaban a príncipes, a los más de los cuales no sólo no los quisieron creer, mas aun los mandaron matar. La mayor ofensa que los príncipes podéis hacer a Dios es no osar nadie avisar a vosotros y reprender a vuestros cortesanos; lo cual no debería ser así, pues hay tanta necesidad del predicador que reprenda los vicios como de la justicia que castigue los excesos. El rey Filipo y el rey Demetrio, nunca ellos enseñorearan a los reinos de Grecia si primero no alanzaran de ella a los filósofos que la gobernaban

y con sus buenos consejos la defendían; que, como decía Catón censorino, no se pierden las repúblicas por mengua de capitanes, sino por falta de consejos. En verdad que el buen Catón decía la verdad; porque en una república son muchos los hombres esforzados, animosos, atrevidos y denodados, y por otra parte son muy poquitos, y aun poquitos, los sabios, cuerdos, sufridos y experimentados. Sea ésta la postrera palabra, y encomiéndela Vuestra Alteza a la memoria, y es que, si queréis parecer y ser príncipe cristiano, si en vuestra corte hubiere quien sea vicioso y quien sea satírico, antes favoreced al predicador que reprende el vicio que al caballero que es vicioso.

Puédese de todo lo sobredicho colegir que la diferencia que va de lo uno a lo otro es que al buen príncipe ósanle avisar, y al que es tirano aun no le osan hablar. Lo que siempre al Emperador, mi señor y amo, he persuadido en los libros que le he escrito, y lo que en mis sermones le he predicado, y lo que de persona a persona le he hablado, es que se llegue siempre a consejo y admita algún particular aviso; porque el consejo le aprovechará para lo que ha de hacer, y el aviso para lo que se ha de guardar.

A Vuestra Celsitud, Serenísimó Príncipe, aunque no tengo autoridad para le aconsejar, ni atrevimiento para le avisar, tengo humildad para humildemente le suplicar reciba en servicio este pobre servicio y tome al autor so su amparo.

*Posui finem curis;
Spes et fortuna, valet.*

Comienza el libro llamado *Menosprecio de corte*, dirigido al muy alto y muy poderoso señor, el Rey de Portugal, don Juan, tercero de este nombre, compuesto por el ilustre

señor don Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo,
predicador y cronista y del Consejo de Su Majestad.

Capítulo I

Do el autor prueba que ningún cortesano se puede quejar sino de sí mismo.

Teophrastus philosophus memorie prodidit Philippum (Alexandri patrem) non solum dignitate et armis sed etiam prudentia, eloquentia et moribus multo aliis regibus praestitisse. Athenienses igitur beatos esse dictitabat ut qui singulis quibusque annis decem invenirent quos imperatores eligerent; se nanque unum dumtaxat imperatorem per multos annos invenisse, scilicet, suum Parmenionem amicum. Cum multi successus preclari uno die sibi nunciati forent, inquit: «O fortuna, pro tot tantisque bonis exiguo me aliquo malo affice.» Devictis autem grecis, cum quidam ipsi consulerent ut presidis urbis contineret, inquit: «Malo diu benignus quam brevi tempore dominus appellari.» In fuga vero quadam, cum siccisque ficibus et pane hordeaceo vesceretur, inquit: «Qualis voluptatis inexpertus eram.» Sepe immo sepissime Philippus dicebat, eum qui regem alloquutus esset bissinis et mollibus uti verbis. Cum quidam scutum pulcherrime ornatum ostentaret, inquit: «Graecum virum decet magis in dextra quam in sinistra spem habere»; etc. De hoc, hactenus.

Después que este muy ilustre príncipe Filipo venció a los atenienses, aconteció que, como una noche estuviese cenando y se moviese plática entre él y los filósofos que allí se hallaban sobre cuál era la mayor cosa que había en el mundo, dijo un filósofo: «La mayor cosa que hay en el mundo es a mi ver el agua, pues vemos que hay más de ella sola que de todas las otras cosas juntas.» Otro filósofo dijo que la mayor cosa del mundo era el Sol, pues sólo su resplandor abasta a alumbrar al

cielo, y al aire, y a la tierra, y al agua. Otro filósofo dijo que la mayor cosa del mundo era el gran monte Olimpo, la cumbre del cual sobrepujaba al aire y que de lo alto de él se descubría el mundo todo. Otro filósofo dijo que la mayor cosa del mundo era el muy famoso gigante Atlas, sobre la sepultura del cual estaba fundado el espantable monte Etna. Otro filósofo dijo que la mayor cosa del mundo era el gran poeta Homero, el cual fue en la vida tan famoso y en la muerte tan llorado, que pelearon entre sí siete muy grandes pueblos sobre quién guardaría sus huesos. El postrero y más sabio filósofo dijo: «Nil aliud in humanis rebus est magnum nisi animus magna despiciens.» Quiso por estas palabras decir: «Ninguna cosa con verdad se puede en este mundo llamar grande si no es el corazón que desprecia cosas grandes.» ¡Oh!, alta y muy alta sentencia, digna por cierto de notar y aun de a la memoria encomendar, pues por ella se nos da a entender que las riquezas y grandezas de esta vida es muy más digno y de mayor gloria el que tiene ánimo para menospreciarlas que no el que tiene ardid para ganarlas.

Tito Livio alaba y nunca acaba de alabar al buen cónsul Marco Curio, a la casa del cual, como viniesen los embajadores de los samnitas a capitular con él cierta tierra, y para esto le ofreciesen mucha plata y oro, y él estuviese a la sazón lavando unas berzas y echándolas a cocer en una olla, respondiéndoles estas palabras: «A los capitanes que se desprecian de aderezar su olla y cenar tal cena como ésta, a éstos habéis vosotros de llevar todo ese oro y plata, que yo para mí no quiero otras mayores riquezas sino ser señor de los señores de ellas.»

¿Por ventura no mereció más gloria este cónsul Marco Curio por los talentos de oro y plata que menospreció de los samnitas que no el cónsul Lúculo por lo que robó a los esparciatas? ¿Por ventura no mereció más gloria el buen

Este libro que usted acaba de leer pertenece a la librería **Tus Buenos Libros** en la que puede disfrutar libros de la forma cómo después se explica. A continuación verá cómo funciona todo esto. **Es muy sencillo e interesante.**

Puede visitar esta librería en <http://www.tusbuenoslibros.com/>

¿Qué es la LIBRERÍA VIRTUAL?

Es una **nueva** forma de comprar libros y recibirlos en su ordenador a través de su correo electrónico. **También puede descargar libros GRATIS**

¿Qué ventajas obtengo por comprar así los libros?

Es mucho más **fácil** y **rápido** de recibir. Si se envía por el sistema tradicional, tarda varios días en llegar. Además, en otros casos, los portes los pagaría usted, o se le cargarían en el precio final. Sin embargo, al adquirir libros por este sistema, todos los **gastos de envío son gratis**, con el ahorro que supone para usted. Por otra parte, al ser nulos los gastos de imprenta y distribución, se ofrecen unos precios que no existen en los libros en papel.

¿Cómo sé que me llegan los libros?

Usted recibirá en la cuenta de correo que elija los libros que adquiera. Este sistema está **probado** y **garantizado**.

¿Es compatible con mi ordenador?

Los libros se envían en formato PDF con la finalidad que sean compatibles con cualquier sistema (PC, Mac, Linux y otros) y prácticamente cualquier lector de e-books. **Fácil** y **efectivo**.

¿Qué temas se pueden adquirir?

Libros de temática que no se suele encontrar en cualquier librería. Hallará libros sobre el **éxito**, sobre el **poder**, sobre la **mente**...

Naturalmente, encontrará temas tratados en

EL ARTE DE LA ESTRATEGIA en <http://www.elartedelaestrategia.com/> o en consonancia con su línea.

¿Puedo hacer copias?

Por supuesto que sí, **todas las copias que quiera**. No hay ningún dispositivo que impida hacer copias electrónicas o en papel. Hacemos esto porque consideramos que ya que usted paga por un producto, es muy **libre** de hacer con el lo que quiera (aunque los que reciban las copias no paguen).

¿Es seguro comprar con tarjeta en Internet?

Comprendo que resulta chocante realizar compras por Internet. El sistema de pago funciona de tal manera que: **es seguro** (nadie puede interferir los datos), nadie conoce el nº de su tarjeta y que yo mismo he hecho la prueba comprando libros y todo funcionó a la perfección. El sistema de pago usado es **PayPal**, en <http://www.paypal.es/es>



La forma de pago es por medio de la red de protección de la identidad de **VeriSign** (VIP, VeriSign Identity Protection), que ofrece un nivel adicional de seguridad durante la identificación en sitios Web que muestren el logotipo de VIP con su clave de seguridad de PayPal, por lo que la transferencia reúne todas las medidas de seguridad

Para saber más:



<http://www.paypal.es/es>

Se admite el pago con:



En el caso de que no tenga tarjeta, ya ha habido otras personas en su situación que lo han solucionado de la siguiente manera: han pedido a otra persona que si tenía tarjeta fuera el que les realizara la compra. Después le abonó en metálico el importe de la adquisición.

Me quedan algunas preguntas, ¿me las podría aclarar?

Encantados de ampliar información. Puede enviarme un mensaje en el que exprese sus preguntas a

contacto@tusbuenoslibros.com

Es una forma de agradecerle de antemano la oportunidad de servirle, que espero tener algún día.

Reciba un cordial saludo

Carlos Martin Pérez